EL MEDITADOR DE LA ARGENTINIDAD

(NOTAS SOBRE EDUARDO MALLEA)

POR

GUILLERMO DIAZ-PLAJA

1

El interés que pueda tener un estudio —siquiera sea superficial y torpe— sobre el escritor argentino Eduardo Mallea, radica precisamente en el gajo de claridad que pueda traer a la comprensión de uno de los fragmentos más grávidos de la Hispanidad. La caja de música —deliciosa— que fué el modernismo trajo consigo un pecado —o por lo menos una acusación— de superficialidad. América pudo definirse por sus sones orquestales, a los que los afrocubanismos trajeron después oportunos apéndices de *jazz*. La problemática radical y racial era, con ello, insignificante. Sólo se definían generalidades, y en un plano muy somero. (Y los indigenismos embrollaron la cuestión.) Embriagados con su propio espectáculo, los escritores dejaron a plumas extrañas —es decir, con perspectiva exterior— el trabajo de adentrarse en la intimidad de su conciencia colectiva, y así todo viajero de alcurnia se llevó una definición más o menos apresurada del alma hispánica que reposa anchamente desde el Río Grande al bastión magallánico.

La necesidad de una definición vino luego, cuando —por una parte— fracasaban por inocuas y acaso por coincidentes las discriminaciones basadas en un folklore que presentaba en fin de cuentas la irrefutable unidad de su raíz hispánica; cuando —en segundo lugar— los propios pintoresquismos resultaban insuficientes para

llegar a la raíz de un mundo, si evidentemente homogéneo, con profundos fosos definitorios bajo el sol o bajo la nieve.

Acontecía, finalmente, que tras la autodefinición lírica debía llegar la autodefinición demorada que exigían, en primer término, la liquidación de toda la terminología imprecisa del modernismo y la creación de un lenguaje vigoroso, sobrio y meditado, capaz de la precisión expresiva que exigen, a la vez, y con el mismo derecho, la matemática y la filosofía.

En este punto surge la obra de Eduardo Mallea. O —si queréis— es la obra de Eduardo Mallea la que precisa y hazañosamente crea la necesidad, para la Argentina, de esta «prise de conscience» que lleve o quiera llevar al buceo patético y enamorado de la intimidad de su pueblo.

Se trata, bien entendido, de una búsqueda muy difícil, que partiendo del género común hispánico se adentre en la última diferencia argentina. Y utilizando para ello un camino de profundidad espiritual ajeno a toda tentación pintoresca. Huyendo, tanto del organillo de arrabal de Evaristo Carriego como del poncho pampeano de Ricardo Güiraldes.

El esfuerzo tiende a darnos una definición íntima y radical del alma argentina y quiero, ante todo, dar la noción de la dimensión de este esfuerzo impar en el Continente (si se exceptúa, para Cuba, la inicial «Indagación del choteo», de Jorge Mañach) y acaso más denodado por la doble razón de la extensión y variedad fabulosas —trópico y nieve— del campo de experiencias como de la complejidad humana —aluvión inmenso de inmigraciones— que integran fatalmente la conciencia argentina, siempre en riesgo de desvirtuación y siempre milagrosamente fiel a sí misma.

2

Eduardo Mallea nació en Bahía Blanca el 14 de agosto de 1903. Tiene, en la actualidad, cerca de cuarenta y siete años. Reside, desde su adolescencia (1914), en Buenos Aires. Visitó (en 1934) Centroeuropa e Italia. Es Premio Nacional de Literatura de su país. Su obra es ya copiosa y está muy difundida. Su primer libro, CUENTOS PARA UNA INGLESA DESESPERADA, se publicó en 1926. Ha publicado, además, NOCTURNO EUROPEO (1934), LA ANGUSTIA (1934), CONOCIMIENTO Y EXPRESIÓN DE LA ARGENTINA (1934), HISTORIA DE UNA PASIÓN ARGENTINA (1935), LA CIUDAD JUNTO AL RÍO INMÓVIL (1936), FIESTA EN NOVIEMBRE (1938), LA BAHÍA DE SILENCIO (1940), TODO VERDOR PERECERÁ (1941), EL SAYAL Y LA PÚRPURA (1941), LAS

AGUILAS (1943), RODEADA ESTÁ DE SUEÑO (1944), EL RETORNO (1946) y EL VÍNCULO (1946).

Quiero evocar, antes de seguir, al amigo tal como surgió ante mí, a las pocas horas de desembarcar, en el rumoroso silencio del gran salón del City Hotel, de Buenos Aires, a dos pasos de la porteñísima Plaza de Mayo. Fino, peinado con atildamiento, con una sonrisa un poco distante y un suave ademán de elegancia criolla, Mallea es, fundamentalmente, un hombre de silencios —es decir, un gran escuchador—. Su apariencia es gélida, pero en la brasa de sus ojos hay todos los calores espirituales. Un poeta argentino, Fernández Moreno. lo ha retratado muy bien:

Pálido amigo callado,
de psiquis, de corazón,
por reflexión, por pasión,
huerto, al más lince, cerrado.
Pero, moved a su lado,
bien alto y como presea,
rosa, metáfora, idea...
Tirad a fondo la espada
o dad una campanada,...
y salta el otro Mallea.

Tal es su sensibilidad receptora, que toda su obra novelística está fuertemente teñida de lirismo. Documento inapreciable, pues, para la etopeya del escritor. Quien, además de darnos su autobiografía espiritual en la HISTORIA DE UNA PASIÓN ARGENTINA, ofrece constantes rasgos personales, singularmente de sus sensaciones de infancia en Bahía Blanca —enfrentada a las dos inmensidades argentinas de la Tierra y el Mar— y la impresión producida por Buenos Aires, cuando llega para cursar su bachillerato en el Colegio Nacional de la calle de San Martín. Aquí no es ya el espectáculo grandioso de la Naturaleza, sacudida por los vientos australes, sino el hormigueo humano de la urbe, introvertida en su complejidad monstruosa. El primer aspecto —el agreste— se advierte especialmente en TODO VERDOR PERECERÁ; el segundo —el cosmopolita—, en LA CIUDAD JUNTO AL RÍO INMÓVIL.

Pero vayamos, de momento, a lo autobiográfico, a la personal conciencia, para pasar después a la noción de su visión colectiva y a la valoración de su obra estrictamente épiconarrativa.

Hemos citado ya la HISTORIA DE UNA PASIÓN ARGENTINA. Yo quisiera hacer llegar al lector la importancia de esta obra, en la que está todo Mallea, en vida y en estética. Libro representativo, no ya del autor, sino de una actitud trascendente no sólo en tanto ambición,

sino en tanto problemática literaria. El filósofo argentino Francisco Romero ha llegado a comparar —bien que explicando las diferencias— esta obra con el «Discurso del Método», de Descartes. «El filósofo francés y el meditador argentino —escribe— dibujan ante nosotros con rasgos inolvidables el contorno preciso de sus hallazgos respectivos: el ser de las cosas el primero, la sustancia de la argentinidad el segundo. Ni uno ni otro nos presenta dogmáticamente lo que encontró. Ambos nos comunican sus métodos, nos invitan a comprobar la verdad del resultado contándonos cómo lo obtuvieron. Trabajan, por decirlo así, bajo nuestra mirada. Antes de ser los descubridores de ciertas realidades han sido los forjadores de sus propios métodos...» El método de Eduardo Mallea es —en la apariencia— una simple ordenación de sus recuerdos. La infancia, en Bahía Blanca; la adolescencia, en Buenos Aires. El descubrimiento progresivo de las cosas y de los seres que constituye la asombrosa peripecia de nuestro vivir. Ahora bien: para Mallea —como veremos— esta peripecia se expone en función de una entidad colectiva, cuyo perfil y cuyo destino le obsesionan: la argentinidad.

De momento veamos el ámbito personal. Los recuerdos —más agrios que dulces— del primer colegio. La primera huella de un maestro: «... supe lo que hace en cada hombre la presencia de un orden, lo que eso enriquece y fortalece; qué clase de aristocracia impone al alma la aceptación de un orden lúcido». Anotemos esta declaración, de estirpe goethiana, y que tanto hubiera complacido a mi Ramón de Basterra. Anotémosla para recordarla después. Y veamos, para acabar de comprender, esta frase surgida, al evocar ya la adolescencia porteña: «La vida no tiene más que dos alimentos y el de la mía no era precisamente la acción. Cuando la acción no nutre una existencia de hombre, esa existencia se nutre de pasión en el sentido de padecimiento y sacrificio; a su vez, esta pasión puede ser consciente o ciega en el cuerpo que la sufre; si es ciega, el tormento es sobrellevable, la penuria se vuelve casi física; pero cuando es consciente, cuando es una pasión de la sensibilidad, entonces el hombre que la sufre vive desollado, sangrante, casi muerto a fuerza de vivir extremadamente. En mi caso, el extremo estaba en la pasión de un ánimo agitado por un apetito terrible de perduración y de unidad» (1).

El texto es precioso para comprender esta exasperada alternancia de razón y sensibilidad que es toda la obra de Eduardo Mallea. El análisis estilístico de su producción nos da constantemente el doble juego de una receptibilidad casi enfermiza para los impactos senso-

(1) Págs. 39-40.

riales del mundo que le rodea y una desesperada voluntad ordenadora que da coherencia y volumen al relato. Demasiado ávido, sus pupilas sensoriales no renuncian al fulminante blanco de la metáfora, a la captación de un color fugitivo; demasiado patético, no puede renunciar a interpretar el mundo como una agonía contendiente a la que la razón asiste estupefacta. «La historia del intelecto humano —ha escrito en otro lugar—, en su aspecto creador, comprende dos naturalezas de escritores. La del escritor-espectador, que va del autor de la ODISEA hasta el clasicismo francés; y la del escritor-agonista, que va desde los primeros estoicos hasta Erasmo, Pascal, Nietzsche y Gide» (2). Pues bien: Mallea participa de una y otra actitud.

Y así a través del relato autobiográfico alternan encarnizadamente las anécdotas de la mocedad y su progresiva angustia ante la vida, hecha ya de silenciosa soledad y de miedo a la muerte.

La realidad es equívoca, piensa acaso Mallea. Y —como Gracián— opina que sólo es cierta la inteligencia: el mundo creado por la mente; los libros. La autobiografía es muy interesante en este capítulo y la seriación de sus autores muy característica de su evolución biológica y de los tiempos que corren: Blake, Rimbaud, Kierkegaard, Novalis, San Agustín, Claudel, Coventry Patmore, Eliot... Esta lista de evadidos, de místicos, se cierra con dos nombres nuestros: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. «Con éstos —escribe Mallea— estaba, casi sin notarlo, en la raíz de España. Tocando ese nervio atormentado, yo mismo con el cuerpo sin sueño, los ojos arrebatados, toda mi inteligencia transportada repitiendo

Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura...

»... Al estar en la raíz de España, estaba en la raíz de mi tierra, cerca de mi propia raíz. Ni con Cervantes, ni con Calderón, ni con Lope, ni con Mateo Alemán había tenido nunca sentimiento tal de filiación en la esencia y en la tierra. El árbol ama sus raíces cuando las siente irrigadas; y ese amor se confunde con su vocación de crecimiento, de plenitud. Paulatinamente en mí, en mi árbol andante y viviente, esa aspiración de plenitud, es decir, de cultura, se abrió después en la dirección de la teoría filosófica; pero tanta razón dialéctica me resultaba, con demasiada frecuencia, obvia» (3). Se refiere Mallea a los filósofos del Norte, a Kant, a Hegel, que fatigan con su fría manipulación. Y escribe esto después de arrebatarse con nues-

(2) *El sayal y la púrpura*, pág. 19.
(3) Pág. 53.

tros místicos. Un momento para el comentario: la educación literaria de Mallea no es fundamentalmente hispánica; por el contrario; su primera educación fué inglesa y después francesa. Sus entusiasmos actuales van hacia Kafka, Liam O'Flaherty, Chesterton, Joyce. De los contemporáneos españoles cita algo a Unamuno —cuyo agonismo dialéctico comparte—. Sus clásicos españoles se ciñen a los místicos, ceñidos al mundo interior en cuyo buceo tanto se explaya. Rechaza —bien se ve que por «retóricos»— a los demás. No nos sorprende, aun cuando los más finos análisis de la crítica moderna nos están enseñando en aquellas deliciosas vetas de intimidad, anticipaciones agudísimas de la introspección que enriquece las literaturas del norte y ya hoy todas las literaturas.

Falta, además, naturalmente, el contacto vital. Mallea no supo resistir la excluyente atracción centroeuropea, parisién, y no tengo noticia de que en su circuito europeo arribase a nuestra tierra. Nada obtendremos de formular hipótesis; quede en pie la interrogación. ¿Qué consecuencias hubiera tenido el contacto del meditador con la más vieja de las Españas?

Una cosa importa: la lengua de Mallea permanece fiel a la ortodoxia del castellano. Ausencia casi total de porteñismos, de vulgarismos. Dignidad lingüística. En el estilo, sobrio, ceñido, influyen, además de Unamuno, Pérez de Ayala y sobre todo Azorín.

Finalmente, las líneas anteriores dejan anotada la afirmación extraordinaria y reveladora: «al estar en la raíz de España estaba en la raíz de mi tierra, cerca de mi propia raíz». O sea: a una más profunda argentinidad corresponde —en aparente paradoja— una más profunda hispanidad.

Y, puesto que el tema ha venido de la mano, ¿no hallaríamos —más allá de lo lingüístico o de lo literario— otra noción para señalar el carácter de esta raíz de manera más radical y profunda? Justamente la definición surge en el mismo libro que estamos anotando y en relación —y contraste— con el mundo norteamericano, estudiado siempre con respeto ejemplar por Eduardo Mallea. La contraposición está admirablemente concebida y expresada. Alienta en el espíritu hispánico un sentimiento de eternidad; es la clave de sus hazañas, sostenidas por esa seguridad sin la cual no hubieran sido cumplidas. «Hechos de prodigalidad de sí y libertad. Hechos de rapto e infinito como las tierras, los mares y las nubes; hechos de aspiración eterna. Y he aquí la diferencia entre dos tipos de humanidad: los unos (se entiende, los sajones) para los cuales la vida es un mucho potencial entre dos nadas; los otros para quie-

nes la vida es una nada enojosa entre dos abismos de grandeza eterna» (4).

3

No quisiera que la necesaria referencia biográfica a la raíz humana y sustentadora de la obra que nos ocupa haya desviado al lector de las anotaciones acerca del alma colectiva de la Argentina, tal como obsesiona a Eduardo Mallea. Ya que es indiscutible que aquí radica la diferencia fundamental entre el escritor y cualquiera de los afortunados estilistas que puedan rodearle.

El interrogante supremo es éste: ¿Qué es la Argentina? Seriar las respuestas permitiría graduar su interés. Cabe una solución geográfica y habría que partir de los capítulos iniciales del «Facundo» para encontrar los perfiles visuales de la tierra argentina.

Dejemos también a Mallea un lugar en este aspecto: es metáfora gentil la que le hace ver la patria en estas líneas.

Caben otras respuestas: la biológica, que ve —con Keyserling— la tierra argentina en la ubérrima virginidad del primer día de la Creación, fruto y flor; cabe apurar la respuesta en sentido artístico y buscar las expresivas páginas de Hudson, de Gálvez, de Gerchunoff, de Lugones, de Capdevila...

Veamos, primero, la noción física de la Patria Argentina en esta página —bellísima— de Mallea:

«La presencia de esta tierra yo la siento como algo corpóreo. Como una mujer de increíble hermosura secreta, cuyos ojos son el color, la majestad, la grave altura de sus cielos del norte, sus saltos de agua en la selva; cuyo cuerpo es largo, estrecho en la cintura, ancho en los hombros, suave. Su molicie es la provincia; su hijo vivo en el embrión: la entraña activa de los territorios, las gobernaciones, las metrópolis. Su cabeza yace cerca del trópico sin arrebatarse, a la vez próxima y distante -otra cosa. Su matriz está en el estuario, matriz fortísima de humanidad, que penetra hasta la entraña por los dos potentes cauces fluviales; su esbeltez, su sistema nervioso todo, parecen descansar, erectos, eternos, en el sistema vertebral de los Andes. Busto liso de mujer en torno a las bellas turgencias pectorales, los desiertos, las sábanas, los montes del norte indómito; el vientre: la pampa, extenso y sin ondulación como los de la normativa escultura. Sus miembros, armónicos y largos, conforma-

(4) *Historia de una pasión argentina*, pág. 144. Y en otro lugar «Los unos estaban enfrentados con un libro; los otros, con el infinito...», pág. 72.

dos por las largas colinas pétreas de la Patagonia, no sin el vello regular de los valles. Sus pies se afinan hacia el Sur, descansan sobre el estrecho glacial, tocan los acantilados estériles y desiertos del Cabo de Hornos, y dejan que los ingleses —otrora despechados— se entretengan con la babucha suelta de las Malvinas.»

Nada de esto es suficiente. Lo primero que Eduardo Mallea formula es un ademán de exigencia. No basta —no debe bastar a los argentinos— la satisfecha contemplación de la belleza y el poder. Es preciso llegar nada menos que al sentido de la argentinidad; la conciencia colectiva se pierde; las inmigraciones desvirtúan la vieja nación solidaria y orgullosa. ¿Quiénes somos? ¿Adónde vamos? ¿Por qué caminos? «Mientras vivamos durmiendo en ciertos vagos bienestares estaremos olvidando un destino. Algo más: la responsabilidad de un destino. Quiero decir con inteligencia la comprensión *total* de nuestra obligación como hombres, la inserción de esta comprensión viva en el caminar de nuestra nación, la inserción de una moral, de una espiritualidad definida, en una actividad natural» (5). «La inserción de una moral» subimos a los altos alcores de lo ético; «una espiritualidad definida», llegamos a la obligada necesidad de conocer, de nombrar, de establecer un *carácter*. Hay aquí —¿por qué negarlo?— la contrastada noción del lector de cosas europeas a las que se nota profundamente enraizadas en la Historia. Queramos o no, y pasado el deslumbramiento, a nosotros, hombres del mundo viejo, la Argentina —América— nos da siempre esta noción de cosa nueva. Sin querer pensamos que un día el viento de los siglos va a sacudir la ciudad que nunca acaba de perder su aire campamental, de factoría, y levantará en vilo barracas y rascacielos; y no quedará nada. (Cuando yo desembarqué de América en Barcelona me fuí directamente al barrio gótico; quería sentirme en la seguridad de mis raíces. Aquellas piedras están allí clavadas desde siempre; y —me parece a mí— para siempre.)

Pues bien: esta conciencia —de retorno «europeo»— está presente en el escritor argentino, que advierte esta ausencia de raíces, que agrava la imponente aculación de semillas nuevas y contradictorias. Como Unamuno al decir que le duele España, Mallea se encuadra entre «los argentinos que sufren la Argentina como un dolor de la carne». Y en la búsqueda y diagnóstico de sus tareas; y en la receta de sus remedios, persiste a lo largo de toda su obra.

Incluso en su obra meramente narrativa hallamos, constante, el aldabonazo insistente. He aquí, desgajados de un libro de relatos

---

(5) *Historia de una pasión argentina*, Prefacio.

como LA CIUDAD JUNTO AL RÍO INMÓVIL, estos fragmentos admonitorios:

«Hombres americanos, hombres de la Argentina que están por nacer en sí mismos... nace a un nuevo nombre, nacer a la palabra... nace su propio conocimiento. Efusivos por fuera, graves por dentro; ignoran lo que son.»

«El hombre subterráneo de América en marcha... Estos solitarios terribles que andan grávidos de sí sobre la extensa tierra cuya posesión detienen en el planeta... Hay algo en ellos de emocional y de salvaje, algo que no ha llegado todavía al territorio del espíritu, pero donde ya madura un advenimiento; el de ese nuevo hombre de América, intacto, no contaminado, armónico como las partículas sonoras de un canto.»

«Diga usted: América; diga: Argentina. ¿No oye usted nada? Claro, nadie oye nada; pero ese motivo es ya una voz, el introito, de esa voz conjugada de estas masas. ¡Qué coro! Tierra, hombres, mujeres, niños, tormentas y soles en almas de hombre entonando la voz que llevan todavía silenciosa. Niños, hombres, mujeres, tormentas, soles en almas viriles, preparando su canto, su expresión» (6).

Y cinco años más tarde (1941), al encabezar su libro de ensayos EL SAYAL Y LA PÚRPURA, escribe, insistente: «El país es un gran pájaro adormilado que necesita sacudirse y levantar el vuelo.» «... ¿Quién piensa aquí, qué digo en nuestro mañana, en nuestro hoy, en términos activos?... Una monstruosa indiferencia nacional asesina a los mejores» (7).

Está clara la disconforme actitud. La Argentina de Mallea vamos a verla —la hemos empezado a ver— en su autobiografía (8). Pero antes de volver a ella nos interesa valorar otro trabajo del autor: CONOCIMIENTO Y EXPRESIÓN DE LA ARGENTINA (9), texto de una conferencia pronunciada en Italia en 1934. Interesa por dos motivos: por presentar, ante un público europeo, la evidente *hambre de raíces*, que delata su condición de sudamericano, a la que atribuye una forma especial de afasia a la que luego aludiré; y, en segundo término, por adscribir el esquema de la Argentina a un diálogo permanente entre el campo —«el hemisferio del ser arraigado»— y la urbe —«el hemisferio del hombre cuya región moral es el aire»— (10).

---

(6) *La ciudad junto al río inmóvil* (1936), págs. 14-17.
(7) Ed. Losada (1941), Prefacio.
(8) *Historia de una pasión argentina.*
(9) Madrid, 1935.
(10) Pág. 30.

Lo notable es, para Mallea, que el campesino, tipo literario, es en realidad un silencioso; mientras que el hombre de la ciudad —no valorado literariamente— es el que se arroga la voz del país, como eco del patriciado que supo crearlo. La Metrópoli —Buenos Aires— personifica este estrato; pero no es posible olvidar frente a este tipo humano trepidante al argentino agónico, taciturno, que vive sobrecogido por dos inmensidades: la del cielo innumerable y la de la tierra infinita. Frente a él, insiste, el hombre de la ciudad, el *hombre adventicio*, se ahoga en un mar de palabras vacías y sin sentido.

El diálogo se prestaría a comentario ulterior. En 1934 Ortega y Gasset había publicado su ensayo *Aben Jaldún nos revela el secreto*, donde se plantea la trascendencia de esta alternativa (11); y las modernas interpretaciones de las guerras carlistas dan un nuevo sentido a la polémica entre lo tradicional-campesino y lo progresista-ciudadano (12). Pero, sin duda, Mallea vive de la extendida polémica entre Buenos Aires y el campo argentino, tan habitual en los periódicos y en los libros.

El desarrollo de las ideas indicadas tiene lugar —como he dicho— en las páginas centrales de la HISTORIA DE UNA PASIÓN ARGENTINA, en las que pasa revista, con impaciente repulsión, a las versiones equívocas que de la argentinidad han dado filósofos y viajeros. Bucea en la conciencia colectiva, pugnando por abrirse paso entre el turbión inmigratorio y su incesante función desvirtuadora. La Argentina visible pierde así contornos en su complejidad promiscua; está irremediablemente trunca y artificializada; nada está en función de su término vital, sino de un automatismo anodino y falso. Hay que encontrar, pues, tras esa Argentina visible, la Argentina invisible y auténtica de los hombres apegados a la tierra, de ese hombre «grave sin solemnidad; silencioso sin resentimiento; alegre sin énfasis», al que define «una exaltación severa de la vida», un denodado e imperturbable esfuerzo creador.

En su novela LAS ÁGUILAS, acaso su relato mejor trabado, se formula también una visión de la historia patria a través de tres generaciones: la de los fundadores de riqueza, en primer término, los anulados a lo largo del tiempo por una alocada fantasía hecha de frivolidad y de despilfarro. La intención general —y aun política— del relato es evidente.

* * *

(11) *El Espectador*, vol. VIII.
(12) Vid. mi libro *La poesía y el pensamiento de Ramón de Basterra.*

No bastan, sin embargo, estas anotaciones para completar esa voluntad de definición, esa angustia de conocer que avasalla y ordena la voluntad del escritor. Desde todos los ángulos brota la saeta inquisidora. Una de sus novelas más extensas, LA BAHÍA DE SILENCIO, es, en realidad, una larga explanación dialéctica en la que se enfrentan los conceptos en que podría apoyarse una Argentina del porvenir. Y, constantemente, asociar la idea de una marcha ascendente, truncada de pronto. «Es extraño el fenómeno de regresión que se ha operado en la Argentina —dice uno de los personajes—. Es el fenómeno de una inspiración que se corta. En un principio —toda nuestra historia lo prueba— el país se pareció a un solo estado de fervor activo: los constructores civiles venían unos tras otros como gente que se renueva en una marcha dirigida; detrás de ese movimiento había un espíritu, una andante y presciente dignidad. Después, de repente, ya avanzado el siglo, esa marcha se descompone en su motor original, en su ánimo —o, mejor dicho, se volatiliza— y sólo queda en los caminos públicos un caminar de anodinos, aunque serios y solemnes, administradores» (13).

Todavía podríamos extender citas y referencias, pero acaso incidamos demasiado en el aspecto negativo de la cuestión. Y, lo que sería menos perdonable, dejaríamos en duda el orgullo, no sólo de su argentinidad, sino también de su corazón de americano. Recordemos ahora su fe, cargada de esperanzas: «los americanos no tenemos otra eternidad que nuestro ahora. Nuestra dimensión de eternidad está en el instante que vivimos. Nuestro presente es nuestro pasado y también nuestro porvenir» (14). El problema está en pie. ¿Qué es la Argentina? ¿Qué es la Argentina, más allá, se entiende, de los gauchos de Hernández y de Güiraldes, de los *tipos* de Carriego, de Payró, de Lynch, de Gerchunoff, de Larreta, de González? ¿Cuál es el *arquetipo* humano de la argentinidad?

Voy a cerrar estas líneas (modesta y pedagógica ordenación de notas ajenas) señalando el ápice a que llegan las meditaciones argentinas de Eduardo Mallea. Son, sin duda, las líneas de su ensayo «Para un destino», incluído en el libro ya citado EL SAYAL Y LA PÚRPURA. Voy a copiarlas íntegramente, pues no acierto a resumir su concentrada belleza:

«Si nos volvemos, avizores, a nuestra propia literatura veremos ceder el ritmo donde vienen a enriquecer esa generosidad y esa misteriosa alegría las cualidades españolas, pero afinadas y ya dife-

(13) *La bahía de silencio*, pág. 49.
(14) *El sayal y la púrpura*, pág. 100.

rentes. Lo argentino les impone un matiz de cardinal afinación. Nuestra tierra da otro producto. No digo que sea mejor, no digo que sea más intenso; digo que está mucho más delicadamente entonado por una suave poesía de la tierra.

»En el color resultante entran elementos de una cortesía especial; y no cortesanía, sino la natural cortesía de las almas jóvenes, todavía pura de los diferentes tipos de abismo.

»La argentina gente no es abstracción alguna. Tiene cuerpo y tiene alma. Su potencialidad recoge potencias continentales de simpar calidad, cuya significación y aplicación asumen el valor de un producto sólido, las afina y robustece. Hay gentes de abstracción y aun las más apegadas a la tierra, como ciertos labriegos de finisterre, tienen la complexión abstracta a fuerza de haber traído el zumo de muy antiguas civilizaciones a una suma consecuencia de racionalidad, siendo que las culturas se gastan en el juego mental y se salvan en su expresión sustantiva que es el hombre: la argentina gente está más allá de esa meta por la que se envejece. En ella cesa la abstracción y empieza algo, con alma y vida. Su camino no es de retorno; su camino es ascensión. Vive de vida.

»La argentina gente es un poco de voz y un mucho de silencio; está hecha de montaña, de mar, de río, de llanura, y también de un poco de trópico y de un poco de polo, según ascienda el testigo a los extensos hombres o descienda al final dinísimo de tierra; la argentina gente es un modo de sensibilidad viril en el que el tono del alma restringido de impúber pudor asoma a la superficie su llama latente; es un pequeño mundo y a la vez alcanza grandes límites, como se ve en su plasticidad extremadamente dúctil a esos fenómenos de lejanía y esos aconteceres extraños a los que los países suelen ser sordos a menos que los toquen en la piel; la percepción sensible de tan grandes límites la mantiene algo en suspenso, con esa reflexiva mesura y esa aparente inercia con que soporta en su seno las pequeñas tormentas. Liviana de pasos muertos, afinada, la argentina gente es un modo de escuchar, a la que bien le cabría, como sabia, el consejo de Machado: «Para dialogar, preguntad primero; después... escuchad.» La argentina gente es un modo de amor propio y un modo de amor general, que no ofende, sino que de su energía saca un noble partido melódico, librando lo que otros ocultan y sonriendo sin reservas mentales al extraño que la mal comprende; la argentina gente es un modo de rebelión cuando de esa línea pasa el transgresor, y tiene el arma de la reconquista en el ánimo, antes que en el instrumento, que da valor al cobarde. (Así cuajó su historia contra los ingleses; toda a fuerza de corazón.) La

argentina gente es una calidad de energía en que la contraparte piadosa no desaparece nunca del alma; y es un modo original de elegancia en que la actitud está batida con las esencias de una criollidad natural, cuyo trasunto es la voz, que no sólo priva al tono de grosor, sino que elige cuidadosa sus términos de acuerdo a una ley de genuina pero no débil figura; por eso su insulto no cuenta la multiplicidad de las formas hispánicas y su blasfemia, de tan rara, no existe. La argentina gente es un modo de ganar y un modo de perder. Es una seriedad; es, en sus campos, una viril melancolía; y en su ciudad, esa mirada no pródiga, sino reservada y ardua, tan secreta; y en todas partes una especie de desierto con alma, que fuera tan intenso como serio, y tan ardiente y sin demasiada blandura, y tan extenso y tan vario en su algo triste, severa, a veces híspida sobriedad...» (15).

Y, finalmente, traigo de otro lugar esta exaltación lapidaria: *Lo argentino es una voluntad de decencia.* Exaltación severa de la vida. Voluntad de decencia. ¿No está Mallea —y la Argentina— dentro de la dignidad senequista que para España postulaba Ganivet?

Guillermo Díaz-Plaja.
Mallorca, 305.
BARCELONA (España).

(15) *El sayal y la púrpura*, págs. 169-171.